

## XLIII.

Los españoles que permanecieron en México, quedaron bajo el mando de Alvarado, á quien por ser rubio, llamaron los mexica *Tonatiuh*, el sol; capitan cuya avaricia era muy conocida, y cuya crueldad iba á mostrarse de una manera espantosa.

El 13 de Mayo de 1520, comenzó el mes *Toxcatl*, en el cual era la fiesta de la incensacion de *Huitzilopochtli*.

Esta fiesta era la mas notable del año, y la que los tenochca celebraban con mas solemnidad.

Y en aquel año, sin duda en virtud de las circunstancias por que atravesaba el imperio, quiso la nobleza y quiso el sacerdocio dar un aspecto mas grande y mas religioso á aquel acto de su culto; y se acercó á Alvarado, para rogarle que permitiese que el emperador fuera al templo á cumplir con sus deberes.

Alvarado, ó por temor á los mexica, ó por orden de Cortés, se negó á lo que de él se solicitaba; y los nobles tomaron entonces el partido de hacer el baile en el palacio que servia de cuartel á los españoles.

Reuniéronse allí seiscientos, segun unos historiadores, y

segun otros, dos mil individuos de la nobleza, cubiertos de oro, de plumas y de pedrería.

Y cuando ya estaban entregados á los placeres de la fiesta, Alvarado ordenó á algunos de sus soldados que guardasen las salidas.

Y mandó á los demas que atacasen á aquellos hombres desarmados y llenos de fatiga por el baile; y los soldados españoles cayeron sobre ellos, cojiéndoles descuidados, imposibilitados para huir ni para defenderse.

Y aquella turba de asesinos se cebó en sus víctimas; corrió la sangre á torrentes; y terminada la carnicería, aquellos buitres se arrojaron sobre los muertos, y los despojaron de los ricos vestidos que llevaban.

La San Bartolomé no fué propiedad exclusiva del pueblo frances: las *Vísperas Sicilianas* no fueron un privilegio del pueblo italiano: los asesinatos en masa, no fueron una propiedad de la Comuna.

Alvarado y sus seides tienen tambien la triste honra de ser los inventores de una hecatombe: sintiéronse inspirados para asesinar y robar á hombres que no podian oponerles resistencia, y cayeron sobre ellos como lobos sobre ovejas, segun la enérgica expresion de Byron; y saciaron su sed de sangre y de riquezas, sin miramiento alguno á la justicia de la posteridad.

Si los setembristas tienen sobre sí la reprobacion de la historia, mas severa debe caer sobre Alvarado y sus cómplices; porque á aquellos, al menos, los movia una pasion, un delirio, si se quiere: el de libertar la inteligencia y la dignidad humanas, de la esclavitud en que las tenian las clases privilegiadas; mientras que los verdugos de los mexica, no tienen ni siquiera la disculpa de una grande idea que atenúe lo espantoso de su crimen.

Desgracia tan enorme cayó como un rayo sobre el pueblo de los tenochca, y puso el colmo á la medida de su paciencia.

Desde aquel momento no vió en cada español sino á un

enemigo de su rey, de su religion y de su patria; y movido por un sentimiento de amor á sus lares, de ódio á los asesinos y de amor á su país, se levantó armado y cayó con ímpetu sobre los iberos, logrando abrir una brecha en el muro, minar el palacio y quemar municiones.

El fuego de artillería y de mosquetería contuvo é hizo retroceder á los asaltantes, y esto dió tiempo á los españoles para cubrir la brecha; pero al dia siguiente, un ataque mas vigoroso, un asalto mas terrible hizo temblar á los españoles, que se creyeron perdidos.

Y habríanlo sido, en efecto, si Motecuhzoma, por un nuevo acto de debilidad, no se hubiese presentado á los combatientes, y calmado con sus órdenes y con sus palabras el furor que dominaba á los mexica.

Desde entonces el pueblo, por respeto al monarca, no volvió á atacar el palacio-cuartel; pero continuó haciendo actos de hostilidad contra los españoles, quemando cuatro bergantines que habia hecho construir Cortés, y sitiando á los españoles por hambre, á cuyo fin abrió un foso al derredor del palacio.

Tal era la situacion de los beligerantes, cuando regresó Cortés, instruido de todo por dos mensajeros tlaxcaltecas que le habian mandado Alvarado y Motecuhzoma.

El audaz conquistador habia aumentado su ejército español, con los elementos de que se apoderó á consecuencia de la derrota de Narvaez. Mil trescientos infantes y noventa y seis caballos formaban la fuerza peninsular, y á esta se agregaron dos mil tlaxcaltecas, con los cuales entró en México el 21 de Junio.

Los españoles que le esperaban estallaron en júbilo al verlo, y Motecuhzoma salió hasta el patio á recibirlo, renovándole sus protestas de amistad.

Cortés pasó sin mirarlo.

Motecuhzoma . . . se apesadumbró, y mas cuando supo que el conquistador hablaba de él con palabras injuriosas.

Cortés reprendió á Alvarado; y viendo que sus tropas ca-

recian de todo, envió un amenazador mensaje á Motecuhzoma para que diese orden de que hubiese mercado.

Motecuhzoma respondió que estando presos por Cortés los personajes mas influyentes de quienes podia fiarse, no tenia á quien encomendar la orden; y que para complacerlo en lo que queria, pusiera libre á alguno de aquellos magnates.

Cortés puso en libertad á Cuitlahuatzin, hermano de Motecuhzoma, ignorando que al hacerlo daba un jefe indomable á los que resistian la dominacion extranjera; y que aquel de quien él esperaba alimento y vida, iba á sembrar destruccion y muerte entre los españoles.

Y en efecto, Cuitlahuatzin fué el héroe de la *Noche Triste*.

## XLIV.

Los mexica permanecieron tranquilos el día de la llegada de Cortés; pero desde el siguiente, volvieron á las hostilidades.

Piedras y flechas caían sin cesar sobre los españoles, piedras y flechas arrojadas por tal número de combatientes, que cubrían por completo el piso de las calles.

Cortés hizo una salida con cuatrocientos hombres, tlaxcaltecas y españoles; los mexicanos retrocedieron sin resentir gran pérdida; y Cortés, después de haber quemado algunas casas, regresó á sus cuarteles.

Pero los mexica continuaron en sus ataques; y el capitán Ordaz, al frente de doscientos soldados salió á contenerlos. Los mexica fingieron huir en desorden: Ordaz y los suyos los persiguieron; y de repente se sintieron atacados por el frente, por la espalda y por las azoteas, no logrando Ordaz retirarse sino después de un terrible combate en que perdió ocho españoles, quedando él y los demás heridos.

Y en ese día, los mexica quemaron el cuartel en varios puntos, y obligaron á los españoles á destruir parte del muro, para poder servirse de su artillería y rechazar á los asaltantes.

Al día siguiente se renovó el combate: la artillería española hacia espantosos estragos en los enemigos; pero el número de estos era tal, que no se notaban las bajas. Cortés hizo una salida con todas sus tropas, y batiéndose paso á paso, tomó algunos puentes, incendió muchas casas; y al caer de la tarde se retiró llevando cincuenta españoles heridos, y después de haber matado un gran número de mexicanos.

Convencido Cortés de que más que de nada le era preciso defenderse de los proyectiles que le arrojaban de las azoteas, mandó construir tres máquinas de guerra llamadas *mantas*, en cada una de las cuales podían ir cubiertos veinte hombres armados, y hostilizar desde ellas á sus contrarios.

Mientras tanto, Motecuhzoma, que observaba los combates desde la torre de palacio, vió en uno de ellos á su hermano Cuítlahuatzin mandando á los mexica.

En presencia de tantas calamidades, asustóse el espíritu de aquel monarca. Temió por su vida, por su corona, por su capital, por sus vasallos; espantóle el triunfo de sus enemigos; y después de una noche de agitación y de inquietudes, llamó á Cortés, le habló de la situación, y le rogó que no retardase más su viaje.

Cortés, cuyo ejército estaba tan escaso de municiones de boca, que apenas tenía las necesarias para conservar la vida de los suyos; que conocía que en semejante estado se hallaba expuesto, no solo á no apoderarse de la ciudad, pero ni aun á conservar lo que de ella poseía; aunque lleno de sentimiento porque con su salida perdía en un instante cuanto había conseguido con su destreza y con su fortuna, respondió al tecuhtli que saldría de la ciudad, con la condición de que depositaran las armas los mexica.

## XLV.

Acababa de tener fin esa entrevista, cuando se oyó en los cuarteles el grito de alarma.

Era que los mexica se acercaban en son de dar un asalto general á los españoles y á sus aliados.

Veíase á una multitud intentar la subida á los muros por todas partes, mientras otra muchedumbre colocada en puntos elevados y ventajosos, disparaba una verdadera granizada de piedras y de flechas sobre los sitiados, y mientras otra multitud se arrojaba sobre el fuego de la artillería y de los mosquetes, hasta entrar en los cuarteles y batirse cuerpo á cuerpo con los españoles, quienes abrumados por el número peleaban con el vigor de la desesperacion.

Moteczuhzoma, conociendo el peligro en que se hallaba, y viendo el esfuerzo de los españoles, se decidió á presentarse á sus vasallos para calmar sus furios.

Y se presentó en la azotea, vestido con las insignias imperiales.

Los ministros que le acompañaban impusieron silencio al pueblo.

Asombrados los mexica con la presencia del soberano, suspendieron el asalto y callaron llenos de respeto.

Entonces, Moteczuhzoma les dijo:

—Si el motivo que os induce á tomar las armas contra estos extranjeros es el de mi libertad, yo os agradezco el amor y la fidelidad que me mostrais; pero os engaÑais creyéndome su prisionero, pues en mi mano está dejar este palacio de mi difunto padre, y trasladarme al mio cuando yo quiera. Si vuestra cólera nace de su permanencia en esta corte, os hago saber que me han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo harán, inmediatamente que depongais las armas. Cese, pues, vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si quereis desmentir las voces que han llegado á mis oidos acerca de haber vosotros jurado á otro señor la obediencia que solo á mí debeis tributar, lo que yo no he podido creer, ni vosotros podeis ejecutar sin acarrearos toda la cólera de los dioses.

Por algunos instantes continuó el silencio.

Pero un mexica (se cree que Cuitlahuatzin), interrumpió ese silencio, llamando á Moteczuhzoma cobarde, afeminado, é indigno de gobernar á un pueblo como el tenochca.

A la injuria de palabra siguió la de hecho. Disparó una flecha al monarca.

Y el pueblo siguió su ejemplo, é insultó á Moteczuhzoma y le arrojó piedras y flechas; y Moteczuhzoma recibió una pedrada en la cabeza, otra en una pierna y una flecha en un brazo; y en ese estado le llevaron á su habitacion, en donde la cólera le hacia padecer mas que las heridas.

El asalto y la defensa continuaron, hasta que hubo una conferencia á la que unos nobles aztecas provocaron á Cortés para tratar de un arreglo, que no llegó á efectuarse.

Concluidas las *mantas*, Cortés emprendió la salida el 28 ó 29 de Junio, por una de las principales calles de la ciudad; y cuando llegaron al primer puente, acercaron sus *mantas* á las casas para desalojar al enemigo que ocupaba las azoteas;

pero las *mantas* fueron destruidas á pedradas; y los españoles, depues de combatir todo el dia sin poder pasar el puente, regresaron á sus cuarteles llevándose muchos heridos, y dejando un muerto en el lugar de la lucha.

## XLVI.

Animados por las ventajas adquiridas, quinientos nobles mexica bien provistos y bien armados, se fortificaron en el atrio superior del templo mayor, desde donde empezaron á batir á los españoles, causándoles graves daños.

Envió Cortés á un capitán con cien soldados á desalojar á los nobles, pero éstos lo rechazaron.

Entonces, Cortés, á pesar de estar herido de la mano izquierda, se resolvió á dar él mismo el asalto: y despues de mucha fatiga, logró llegar con sus soldados al atrio superior y arrojar de allí á los mexica, haciéndoles muchos muertos, aunque á costa de las vidas de cuarenta y seis españoles.

Retiróse de allí á sus cuarteles, despues de haber hecho incendiar el santuario de los dioses.

Quiso Cortés tener de nuevo un arreglo con unos nobles mexica, á quienes demostró los daños que recibían de las armas españolas; y los mexica le contestaron, que nada les importaba con tal de que todos los españoles sucumbiesen.

Reconstruidas las *mantas*, Cortés emprendió de nuevo la salida por el camino de Ixtalapan; y á pesar de la oposicion tenaz de los mexica, tomó los cuatro primeros puentes,

quemó algunas casas, y con sus escombros llenó los fosos para asegurarse la salida; y dejando en esos puntos suficientes guarniciones, se retiró llevándose muchos soldados heridos, y dejando diez ó doce muertos.

Al otro día continuó sus maniobras, tomó los tres puentes restantes, y pisó al fin la tierra firme.

Mientras hacia tapar los fosos, le anunciaron que los mexica querían tratar con él. Fué á hablar con ellos, y le dijeron que para ajustar la capitulación, necesitaban la presencia de un gran sacerdote que había sido hecho prisionero en el combate del templo. Púsole Cortés en libertad, y en el acto fué ajustado el armisticio.

Pero en esta vez, los mexica faltaron á la fé prometida; pues acababan de concluir el convenio, cuando Cortés recibió la noticia de que aquellos se habían apoderado de los puentes matando algunos españoles, y que una numerosísima hueste se acercaba á los cuarteles.

Cortés marchó sobre ellos con la caballería; y en medio de mil peligros recobró los puentes que fueron ganados y perdidos varias veces en el día, hasta que al fin estableció en ellos sus destacamentos, y se retiró á sus cuarteles á dar descanso á su tropa abrumada de fatiga.

## XLVII.

Y en uno de aquellos días, parece que el 30 de Junio, murió Motecuhzoma.

Murió en el cuartel de los españoles; y aunque no se ha averiguado la verdad de la causa de ese acontecimiento, lo mas probable es que murió de resultas de sus heridas.

Lloróle Cortés, y envió sus despojos á Cuiclahuatzin.

Lloráronle los mexica, y llevaron su cadáver á un lugar de la ciudad llamado Copalco, en donde, despues de incinerado, con las ceremonias de su rito, fueron enterradas sus cenizas en presencia de un pueblo respetuoso, sin que por esto faltaran algunos indignos que las insultaran.

Y subió al trono Cuiclahuatzin.

## XLVIII.

Hemos acabado nuestro trabajo.

Comenzámoslo desde la altura á que Ahuitzotl habia elevado á su país; continuámosle hasta la cumbre á que lo alzaron los generales de Motecuhzoma II, y llegamos hasta la muerte de este monarca, muerte acaecida en medio de la degradacion.

El descenso ha sido terrible; pero llegamos al fin.

Los mexica, víctimas de la pequeñez de aquel tecuhtli, cayeron envueltos en su ruina.

Bajo el punto de vista filosófico de la historia, la conquista de aquel pueblo no tiene nada de sorprendente, nada que no sea natural.

Ya lo hemos dicho. Los pueblos educados en la adoracion de un hombre, siguen las huellas del ídolo; y cuando ven que van á su desgracia, cuando miran que corren á su pérdida, despiertan, pero ya tarde, muy tarde, para poder levantarse de pié, y libertarse de sufrir la nueva coyunda que se labraron con su abyeccion y con sus torpezas.

Y es que la colectividad reasume su espíritu y su fuerza en una individualidad; y consagrada á la obediencia, á la ado-

racion de un individuo, piensa, siente y obra por él solo. El soberano, la persona, no el pueblo, hace el bien ó el mal: y el pueblo recibe el primero como una real munificencia, y soporta el segundo como obra de la voluntad que lo domina.

Allí, en donde un hombre gobierna, todo lo es el hombre.

La independenciam, la nacionalidad, la honra, todo se refiere á él, nada al pueblo.

Cuando, como resultado de una guerra, el rey puede perder la corona, transije con su feliz adversario, aunque para conservar el trono tenga que sacrificar el territorio ó la independenciam de la patria.

Despues de Sadowa, Francisco José tenia cuatrocientos mil hombres armados que oponer á los victoriosos prusianos; y si lo hubiera hecho, quizás habria perdido el cetro, pero hubiese salvado la honra de su patria.

Pero para Francisco José, como para cualquiera otro autócrata, la patria y su honra son su capital y su trono; y antes que consentir en abandonar la una y en perder el otro, firmó la paz vergonzosa que le quitó gran parte de su imperio, haciendo que sus cuatrocientos mil soldados, descansando sobre las armas, asistieran á esa vergüenza.

No sucede así, en donde los pueblos gobiernan. Porque allí, en donde la *vil multitud*, como la llaman los aristócratas, toma interés en la cosa pública; allí, en donde el individuo rige al país, porque el pueblo lo quiere, y no porque el derecho divino lo impone; allí, la patria y la honra son el bien de todo el mundo; y en una de esas conflagraciones en que un pueblo juega su independenciam, su libertad y su honra, se llevan la resistencia y los sacrificios hasta el infinito; y cuando se sucumbe, se sucumbe con gloria.

Y somos una prueba de lo que decimos. Perdida en 1863 la ciudad que inmortalizó ZARAGOZA con su nombre y con su victoria, abandonada la capital, sin los cuatrocientos mil soldados de Francisco José, sin recursos, sin armas, sin víveres, los mexicanos convirtieron todo el país en un campo de bata-

lla; y no se arredaban porque los invasores se apoderaran de las ciudades; porque allí está la capital de una nación, en donde están los bravos que defienden su derecho.

Y triunfamos al fin.

Lo repetimos: en donde un hombre manda, el hombre lo es todo. Si es un héroe, él llevará á su pueblo á batir y á derrotar al enemigo, ó si sucumbe, será con gloria. Si es un menguado, inmolará á su pueblo por su persona; y llegará al extremo de equivocarse, porque creyendo hacer por su salvación, bajará con su pueblo hasta la sima.

Al pueblo tenochca tocó en suerte uno de esos últimos monarcas; y la conquista fué el resultado natural, así del antagonismo orgánico del imperio, como de la imbecilidad del soberano.

## XLIX.

Moteczuzoma II no puede resistir el paralelo con ninguno de sus antecesores; ni aún con el infeliz Chimalpopoca. Este, á lo menos, mirándose deshonrado é impotente para vengarse, quiso morir en aras de sus dioses; y cuando se vió imposibilitado de hacerlo por haber sido reducido á prision por su enemigo, para evitarse la afrenta de morir á sus manos, se quitó la vida en su calabozo.

Huitzilihuitl también tuvo el dolor de que le asesinaran á su hijo; pero siendo jefe de un puñado de hombres miserables, no podía contrarestar el inmenso poder del rey de Atzacapotzalco; y devoró la injuria, y sacrificó su venganza á su debilidad, y al futuro engrandecimiento de su patria.

A Moteczuzoma II le mataron un hijo sus enemigos; y siendo como entonces era el poderoso de los poderosos tecuhtlis de la época, pudiendo anonadar á los que dieron muerte á su hijo, haciendo caer sobre ellos todos los guerreros de su imperio, se conformó con enviar nuevas tropas, que hicieron una campaña sin resultado.

Huitzilihuitl heredó de Acamapichtli, el trono y el manto de *actatl*; una pobre tribu asentada en territorio ageno; viviendo